

Pasando por alto



el entender que — minuciosa, detallista en extremo y puede que hasta algo proclive a la obsesión como lo era la maquilladora (que se desesperaba, estrujándose las manos afligida culpándose de “ha sido por mi culpa” y, total, porque el lunar que



tenía Obdulia en el lóbulo de la oreja derecha le había salido un poquito grande o un poco más arriba de lo habitual) hermana de Tiberio — había elaborado casi filosófico para una Noemí que, de haber sido sólo un poco menos aplicada o nada más una pizca más perspicaz, hubiera podido, tan ricamente, ni tan siquiera contemplarse, allí, toda la tarde frente al espejo ensayando una Leontina en la que la señorita Pimpinella, atenta sólo a las haches y a las comas, no iba ni a reparar ni a fijarse.

Y porque el pasar por alto incluso aunque fuese bajo cuerda un entender tan trascendente para la elaboración de algo tan sujeto a la eventualidad, de fuerza mayor, o al capricho, de importancia menor (aunque no inferior en poderío, pues cuanto más se derrochaba en contemplaciones para con el o la interfecto/a más intratable y cabezón/a se ponía este o esta), de determinados imponderables o de ciertos imperativos categóricos que no cabía posibilidad ni aun muy remota de eludir, se había editado una circular advirtiendo de que en lo sucesivo no se permitiría bajo ningún concepto ni, sobre todo, en paralelo con ningún otro que no perteneciese al mismo rango de ideas de las que forma o concibe el entendimiento, la intromisión de ninguna novedad que no tuviera una antigüedad homologada y perfectamente contrastada de, al menos, seis o siete décadas.